

EL MODELO ACADÉMICO DEL SABER UNIVERSITARIO Y SU CRÍTICA

por NELLY RICHARD
Ensayista, crítica, directora de la
“Revista de Crítica Cultural”

RESUMEN

Repensar críticamente el rol de la Universidad hoy significa preguntarse cómo incorporar en forma activa -dialogante e interpeladora a la vez— una diversidad de teorías y prácticas hasta ahora divorciadas del sistema de validación académica, sea porque rebasan los convenios técnico-disciplinarios del conocimiento especializado, sea porque ponen en juego una exterioridad social negada por la falta de contexto del recinto universitario. Repensar críticamente el rol de la universidad significa abrir **zonas** de contactos entre esas referencias plurales que cuestionan la conformidad institucional del saber académico y **sus** jerarquías tradicionales.

El texto inscribe esta reflexión en el contexto chileno de los **años** del Régimen Militar y de la reapertura democrática.

Tácitamente entrelazados con los poderes en radicados cruces de palabras, los **saberes** son regulados por una **política** de los espacios que traza las fronteras de su reconocimiento y valoración sociales. Política de los espacios que ordena el reparto de estos saberes, distribuye sus contenidos, administra sus formas y controla el valor del lenguaje apropiado - de lenguaje dueño y representante de una legitimidad social— según el territorio simbólico que define su pertinencia de habla. La máquina universitaria ejerce y defiende su autoridad institucional marcando el límite que distingue los saberes legítimos —autorizados— de los saberes

ilegítimos, recluyendo a los **primeros** en el marco de las especializaciones disciplinarias: protegiendo el **área** reservada de estos saberes certificados del peligroso desorden de las hablas itinerantes o fugitivas que transitan en sus afueras sin la garantía de un domicilio conocido.

El resguardo del saber legítimo se ejerce delimitándolo y circunscribiéndolo al orden de las disciplinas que clasifican los objetos de estudio según reglas de especialización del conocimiento. El orden transmitido por las compartimentaciones disciplinarias refleja el modelo filosófico —la filosofía como modelo— que le dio forma al proyecto conceptual de **una** Universidad dividida en Facultades de ciencias y humanidades que debe regir universalmente la totalidad de lo enseñable¹. Sólo que, hoy, las desarticulaciones y fragmentaciones del pensamiento filosófico moderno rompieron en mil pedazos estas ilusiones de **totalidad** y de **universalidad** del conocimiento.

Podrían invocarse muchas razones para justificar la necesidad de revisar tanto los fundamentos institucionales del saber universitario como los tics verbales que proceden de sus manías disertativas de generalidad y de universalidad. Todo el horizonte de nuestra contemporaneidad teórica está traspasado por el análisis de la práctica del discurso, de las técnicas y figuras del sentido, porque el lenguaje **ha** dejado de ser el vehículo confiable que expresaba homogéneamente referencias seguras, para volverse el campo minado de una relación entre sujeto y palabra sacudida por múltiples fracturas epistemológicas. **¿Por** qué debería la lengua del saber universitario permanecer a salvo del efecto corrosivo y disolvente de esta radicalizada **crítica del lenguaje**, cuando ha sido ya demostrado que discurso, conocimiento y representación, siempre entrelazan **poderes de dominación con fuerzas de denominación**? **¿Por** qué no analizar la lengua de la Universidad en el detalle de sus modalidades retóricas, de sus principios formales, de sus cálculos significantes, de sus resortes enunciativos, si reformular críticamente el pensamiento universitario implica problematizar la razón de su saber, y si toda problematización del saber pasa por una desconstrucción del lenguaje que lo administra a través de ciertas regias de aceptabilidad → gramaticalidad— dominantes?

¹Dice Jacques Derrida, en una entrevista con Geoff Bennington titulada *On colleges and philosophy*, publicada en *Postmodernism*, London, ICA, Documento 4, 1986, p. 66: We have a pyramid in which philosophy, as a department, or spread through all the departments from the top of the pyramid, is supposed to define the objects and the fields of the whole institution, the whole building of the university [...]. So the concept of the university is a philosophical concept, and the organisation of the university is a philosophical organisation.

Toda la serie de ambigüedades, rupturas y desplazamientos de las categorías de sujeto, verdad y sistema, ocasionadas por esa crítica del lenguaje desplegada por la “escuela de la sospecha” bastaría para convencernos de la urgencia de revisar el modelo académico del discurso universitario, de interrogar su inmutable lógica de la coherencia y sus pretensiones de validez fundadas en la continuidad e ilación de una lógica argumentativa que no puede ser distraída por ningún brillo estilístico, que no puede ser retardada por ninguna opacidad de razonamiento ni ambigüedad de vocabulario. Son varios los motivos para proceder a esta revisión, surgidos de los múltiples dislocamientos de los registros culturales de la modernidad y de su pensamiento filosófico. Pero la verdad es que en Chile son muchas otras las razones que además valen para someter el discurso universitario a un análisis crítico de sus formas y operaciones, de las maneras que empleó —o desempleó— para atender los conflictos generados en torno a los signos de la crisis y a los signos de la crisis en un escenario histórico donde el pensar fue traspasado por la violencia totalitaria del robo del sentido y por el relato obstinado y rebelde de una reapropiación- e nplural —de los sentidos. ¿Cuál imagen proyectar hoy de una Universidad redemocratizadora que no sea la de una zona de contactos que reconjugué estos sentidos mediante cruces inéditos entre, por una parte, los saberes cualificados (regulares, sistemáticos, eficientes) del pensamiento universitario y, por otra, los saberes informales que se sublevaron contra el orden represor de su razón metódica? Discutir el significado de la Universidad como máquina gestionadora de discursos de conocimiento, es hacerse la pregunta crítica —enunciada por Foucault— de cómo “hacer entrar en juego los saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados, contra la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, jerarquizarlos, ordenarlos en nombre del conocimiento verdadero y de los derechos de una ciencia que está detentada por unos pocos”².

1. La cita académica y sus otros

Recuerdo con particular énfasis uno de los tantos eventos convocados para hacer del pensar un ejercicio de resistencia crítica en el convulsionado paisaje de la Dictadura: un evento convocado por el Instituto Arcis (1986) que tuvo, entre otras particularidades, la de ser casi la única circunstancia durante todos estos años en la que se debatió a un q u e con

² Foucault, Michel, “Curso del 7 de enero de 1976”, en *Microfísica del poder*, Las Ediciones de la Piqueta, Madrid, 1979, p. 129.

caso **insostenible** vehemencia — el tema del exilio. (Paréntesis 1; éste es uno de los temas de los que la Universidad de la **postdictadura** debió hacerse seriamente cargo. El destierro del pensamiento expulsado fuera del recinto de **su** tradición o fuera de Chile es parte de la historia fracturada de la pregunta sobre “¿Qué es hoy una Universidad nacional?”³. La respuesta no pasa sólo por el pragmatismo de conciliar fórmulas burocráticas y administrativas de reconstrucción de los profesores expulsados. **Se** trata de dimensionar culturalmente el tema del exilio como una figura teórica de pensamiento crítico que obliga a reflexionar sobre las des-pertenencias históricas, sobre los traslados y choques de códigos de experiencias culturales, sobre las azarosas combinaciones de saberes en fuga de modelos que vivieron todos aquellos para quienes “lo nacional” tuvo la aspereza de un corte hecho de múltiples desidentificaciones. **Más** que re-asimilar los cuerpos del exilio a la dudosa continuidad de los programas universitarios, **más** que re-familiarizarlos con lo mismo de siempre (las genealogías y fundaciones de la autoridad académica, los ritos discipulares de la familia universitaria chilena), se trataría de recoger la fuerza de extrañeza-extrañamiento cultural contenida en las voces de quienes tuvieron que enfrentarse al desamparo del **no lugar**: se trataría de ocupar esa fuerza para **crear** metáforas capaces de desterritorializar el sentido de pertenencia-pertinencia oficial demasiado anclado en la **rutina** académica de las disciplinas sedentarias).

Al traer a escena el recuerdo de ese evento convocado por el Instituto Arcis, hago de mi respuesta a la invitación de pensar el tema de la Universidad, de la relación entre el saber universitario y el entorno social de las prácticas culturales que se gestaron divorciadas de su modelo académico y que hoy deben ser reincorporadas al debate sobre la vigencia de ese modelo, algo no compatible con el modo **universitario** en el que se nos formuló la invitación. Y esa incompatibilidad de modos -de formas, de maneras de expresión — nos dice que la imagen de la Universidad como productora de discursos de saber puede también ser debatida a través de las **cuestiones de estilos** que separan nuestras prácticas.

Primero, al decir que “recuerdo” ese evento de 1983, introduzco una memoria subjetiva verbalizada en primera persona: esa **primera persona** traiciona la regla objetivadora del saber académico cuyo afán de sistematicidad se apoya en la in-definición de la persona. Es la indefinición del

³Esta pregunta forma parte del temario sugerido en la carta dirigida por la Vicerrectoría Académica y Estudiantil de la Universidad de Chile a los autores invitados a participar de la reflexión sobre la Universidad.

neutro la que garantiza la **abstracción** del **metadiscurso** filosófico o científico encargado **de** trascender el precario detalle de su contingencia enunciativa, de **borrar los** modos, tiempos, voces, números y personas, delatados por el **accidente de género**. Pero, hablando de géneros y de accidentes: uno de los recuerdos del evento del Instituto **Arcis** que busco hacer presente es el del filósofo chileno Patricio Marchant, escenificando una de **sus** reiteradas críticas al discurso universitario desde el temblor **emotivo**, el pánico corporal, la **gestualización** de la falla, es decir, desde todo lo **negado** por la maestría del saber filosófico: el cuerpo mismo y sus vicisitudes que **burlan** la ilusión superior del Yo trascendente de la **filosofía con** la imagen del filósofo caído de las alturas, habiendo **tropezado** con la **revelación** terrenal de su **cuerpo** inconfesable, de un cuerpo que **sobra** al hacerse notar mediante reacciones psico-físicas que colocan al Yo de la enunciación en un primer plano de señales involuntarias, de señales obscenas por **temblorosas** (es decir, por **femeninas**) cuando **todo** el **ritual** de la autoridad académica busca poner a su sujeto en situación de tener que sostener un discurso firme viril —acerca de la verdad **última** de **las** cosas. Lo “impresentable” de la presentación de Marchant era lo que él **mismo** llamó “el cuerpo”, y que el modelo académico del saber filosófico o científico reprime por indecente, elimina por perturbador y escandaloso: “Cuerpo hay ahí donde una terrible, imperiosa, inaguantable necesidad **se** impone, **se** presenta -ella—. Cuerpo es necesidad; no todo cuerpo es necesario, pero todo lo necesario es cuerpo. Cuerpo hay ahí donde el desciframiento de una serie de síntomas revela, de pronto, la conexión profunda que secretamente ha guiado toda una vida. Cuerpo hay ahí donde un deseo, que se oculta para que se lo descubra, tiembla ser descubierto, tiembla no ser descubierto. [...] Cuerpo es pensamiento necesario. Descubrir cómo está construida, qué fuerzas están en juego, en la necesidad implacable. Respecto a **ésta**, la necesidad lógica, formal aparece apenas como simple curiosidad⁴, decía P. Marchant. Y fue la formalidad de esa necesidad lógica cultivada por el rigor académico del saber adecuado-transmisible como una verdad del saber y un saber de verdad — la que castigó el libro *Sobre árboles y madres*, de P. Marchant⁵, marginándolo hasta hoy de los estudios universitarios, de la filosofía y de la literatura chilenas. La somatización de la falla en el cuerpo vivo de P. Marchant anticipaba el gesto teorizado en su libro de convertir el *lapsus*

⁴Marchant, Patricio, “Discurso **contra** los ingleses”, en *Revista de Crítica Cultural*, Nº 2, Santiago, noviembre de 1994, p. 4.

⁵Marchant, Patricio, *Sobre árboles y madres*, Ediciones Gato Muz, Santiago, 1984.

y la errata en artificios retóricos de un discurso que se quiso titubeante: “un anti-discurso universitario” expuesto a ser juzgado desde el acto *fallido*, desde el doble sentido de la palabra *errar*: cometer un error, vagar sin *rumbo*. Errancias y desvíos, los del texto de P. Marchant, **que** corrompen el recto ideal de corrección de la demostración —de-saber apoyada en una “lógica de la erección, de la posición y la *verdad*”⁶. Una lógica incapaz de valorar lo inexacto —lo incierto, lo imprevisible— **como** riesgo creativo de quienes eligen la pluralidad sinuosa **y** confusa de conceptos-metáforas y no la unicidad clara de las verdades demasiado finitas del pensamiento-teorema. El discurso universitario⁷ sancionó *Sobre árboles y madres* como un libro “de-generado”⁸ por ser el libro que es: un libro inclasificable (que transgrede las delimitaciones de géneros académicamente re-conocidas) y también un libro de perversiones que rompe exhibicionistamente el protocolo académico del cuerpo *de menos* —o del cuerpo *en retirada*— de una filosofía universitaria que hace sistema con la actual “deserotización de la Universidad y de los espacios intelectuales”⁹.

Me traslado a *otra* intervención de la misma escena, que también tuvo lugar en el encuentro del Instituto Arcis: la del poeta Gonzalo Muñoz leyendo un texto —luego repartido en fotocopia— que trazaba las condiciones de emergencia de la escena crítica desplegada en los alrededores de la literatura y de las artes visuales de los '80 en Chile¹⁰. Escena de escritura teórica -quizás la más osada de todas— que surgió de una demoledora “crisis de la toma de la palabra” cuando, “a partir del entrecortamiento, del quiebre de toda historia narrable”, las narraciones poé-

⁶Oyarzún, Pablo, “Traición, tu nombre *es* mujer”, en *Ver desde la mujer*, Olga Grau (editor), La Morada/Cuarto Propio, Santiago, 1992, p. 151.

⁷valdría la pena, sin duda, ponderar la generalidad de tal denominación efectuando todos los matices del *caso* para cumplir con la “necesidad de una enorme cantidad de distinciones, precisiones, protocolos de lecturas, establecimientos de largas *series*, marcas de rupturas aparentes o reales; necesidad de estudiar el modo, la forma, las condiciones materiales, las energías libidinales, todos los supuestos, las escenas, los gestos que constituyen *al discurso* filosófico universitario como tal”, según señalaba P. Marchant en su libro ya citado (p. 102). Pero, lo que aquí *se* denomina “*discurso* universitario” se refiere a lo que *dominantemente se escribe* “en las Universidades contemporáneas como *filosofía* tesis, ensayos, papers, etc.”.

⁸Vicuña, Miguel, “¿Una autobiografía fantástica?”, en *El Espíritu del Valle*, Nº 1, Santiago, diciembre de 1994, p. 71.

⁹Ferrer, Christian, “Melodías, sonetos, papers”, en “Últimas funciones del ensayo”, dossier publicado por la revista *Babel*, Nº 18, Buenos Aires, agosto de 1990, p. 23.

¹⁰Para un análisis crítico del conjunto de prácticas asociadas a la “escena de avanzada” o “nueva escena” de los '80 en Chile, consultar Brito, Eugenia, *Campos minados*, Editorial Cuarto Propio, Santiago, 1990; y Richard, Nelly, *Margins and institutions*, Melbourne, Art and Text, 1987.

ticas se doblaron sobre sí mismas para “postular el excedente utópico de la letra”¹¹ y revertir —con sus desbordes— la condena nacional a la verdad regimentada y uniforme, a la penuria del sentido y a la indigencia de sus vocablos. En aquel documento, G. Muñoz hizo brillar la estética crítica del arte y de la literatura de los '80 dedicados a la búsqueda —urgida y urgente— de una palabra de no rendición cuando “soledad deterioro eran las heridas de acceso al lenguaje propio”¹². No habría cómo recrear las circunstancias que opusieron radicalmente el *afuera* al *adentro* de la Universidad en los tiempos de la Dictadura, sin pasar por estas “heridas” de los textos de extramuros: heridas ligadas al transitar de nombres y conceptos por zonas de alto riesgo, por los bordes más disgregados del mapa cultural en la peligrosa compañía de obras todas ellas extremas en su gesto de repensarse políticamente en el vacío de representaciones y de significaciones fiables, de ideologías confiables. Pero aquí va una pregunta: ¿Cómo habilitar la cita de un texto como el de G. Muñoz para una necesaria reflexión sobre el modo en que discurso académico y discurso anti-académico dramatizaron sus conflictos teóricos y políticos en el pasado reciente, si dicha cita aún permanece relegada a la única condición de ser que la hizo posible: la de la fotocopia? ¿Cómo traspasar la fragilidad de esa cita al rígido sistema de las “normas editoriales” cuyas exigencias aparecen formuladas en el documento que acompaña la solicitud de textos que nos dirige la Universidad para este mismo número de los “Anales de la Universidad de Chile”, si todo en dicha cita rechaza la formalidad de ese sistema: desde el desgaste material de su impresión gráfica hasta su borrosa memoria aún clandestina y residual?

Evoco esta *intraducibilidad de la cita* para hablar de un pasado cultural no completo sin la referencia estremecida a cómo el discurso universitario y el discurso anti-universitario vivieron entonces sus años de más rotundo antagonismo, porque no sólo nos dice de las dificultades contenidas en la tarea de juntar saberes y prácticas ayer divorciados por el corte represivo y hoy todavía sin reconciliarse porque la precariedad de su rango documental sigue chocando con la demanda universitaria de un corpus articulado por un sistema de validación del saber que se justifica en la norma editorial del crédito bibliográfico. Hay también una no traducibilidad de las prácticas discursivas enfrentadas por la mención a esa cita que resulta conflictiva cuando el saber oficial busca reglamentar

¹¹Muñoz, Gonzalo, *Escritura de una escena*, documento fotocopiado de su intervención en el seminario del instituto Arcis.

¹²*Ibid.*

el formato de sus encuentros con los **otros** saberes no reglamentarios, imponiéndoles su normalidad-normatividad de edición. Una de las recomendaciones publicadas en el documento de las "**normas editoriales**" que acompaña la invitación a escribir este texto dice lo siguiente: "El título debe contener el **máximo** de palabras que definan el contenido del artículo. En el caso de que **se** quiera usar un título de fantasía, es necesario incluir un segundo título, subordinado, que sea explicativo del contenido"¹³.

La *definición y explicación* del contenido deben precisar el objeto del discurso, rectificando así lo que la fantasía de un "título de fantasía" pudiese contener de vago, de di-vagante: de sospechosamente otro respecto del modelo técnico de operatividad que domina, hoy, la relación práctica entre disciplinas académicas y mercado de las profesiones. Para el modelo académico de un saber racionalizado por la lógica expositiva de la demostración-desaber, el "contenido" es el núcleo substancial de la verdad del saber mientras la forma es el in-substancial decorado que se pierde —se derrocha— en artificios, en metáforas. El enredo de las metáforas que proliferan en las orillas de los discursos consistentes es juzgado perverso por la ley de gravedad-seriedad del contenido que dota al saber de su equilibrio racional. Esa tradición es la que castiga la in-consistencia del estilo como decorado, la superficie decorativa de la forma que es *llamada a la razón* por una economía de la profundidad del contenido, de la claridad y de la exactitud referenciales, apoyada en la demostración lógica de una *tesis* cuyos argumentos deben resumirse en la síntesis del título para acortar así el paso entre escritura y pensamiento: para no dejar que la oblicuidad significativa de la metáfora lleve el sentido a desviarse de la meta representada por una verdad que debe resistir las tentaciones del "placer del texto" (Barthes).

El requisito de un lenguaje claro y directo que sostenga el **hilo** de la argumentación conceptual sin caer en el laberinto metafórico de los "como si" apoya un modelo dominante de saber tecno-operativo que rechaza la ambigüedad de los dobles sentidos como traición al punto fijo de la verdad. El sistema de las "normas editoriales" cuya *policía de la forma* regula la disposición del sentido, da cuenta de ese modelo de saber que la práctica universitaria fija como standard discursivo, y da también cuenta de la "hipótesis represiva" que hace pesar ese modelo sobre el pensamiento teórico-cultural gestado durante la última década en Chile,

¹³Documento "Anales de la Universidad de Chile -vi serie- Normas Editoriales", adjunto a la carta de invitación dirigida a los autores por la Universidad.

que teorizó su polémica diferencia con el saber universitario (sus convenciones **disciplinarias**, sus formatos discursivos, sus ritos institucionales) en un estilo que resulta todavía “intratable, inaguantable” (Marchant) para la universidad tradicional.

2. *Pluralidad de saberes y mezclas teóricas*

Repensar la Universidad en el contexto de una sociedad y de una cultura postdictatoriales que **se** encuentran en trance de redefiniciones -afectadas **ambas** por la pérdida de nitidez y consistencia de sus lineamientos de sentido— implica medir críticamente la función de esta Universidad como institución académica: es decir, como productora y legitimadora de discursos de conocimiento aún ritualizados por la imagen de la Universidad tradicional como única depositaria del saber autorizado. Pensar la Universidad hoy es repensarla desde “la tensión entre un saber legitimado, regular, y una pluralidad de saberes **irregulares**”¹⁴ que han recorrido —y siguen recorriendo— los márgenes de la institución universitaria para arriesgar en ellos juegos de lenguaje y de pensamiento capaces de descentrar el canon de la cultura académica.

Esa “pluralidad de saberes irregulares” surgió en Chile alrededor de las prácticas estéticas **más** innovadoras y cuestionadoras de la cultura no oficial de los '80, y fue conjugada por lo que Rodrigo Cánovas llamó el “discurso de la crisis”¹⁵. Discurso cuyas **opciones teóricas** y cuyos **materiales culturales** estuvieron indeleblemente marcados por la convulsión del sentido, el dislocamiento de las referencias de identidad, las roturas de la máquina de representación social y el estallido de sus nexos simbólico-comunicativos. Ese “discurso de la crisis” se tramó en redes completamente ajenas a las universitarias, incluso muy distanciadas del intento de aquellos profesores que permanecieron dentro de la Universidad buscando la “recuperación de la imagen universitaria a través de un trabajo de excelencia académica”¹⁶ principalmente consistente en defender su vínculo a una cierta contemporaneidad teórico-literaria que los salvara del oscurantismo cultural. De hecho, ese trabajo se delineó en base a cotos de autorreferencia académica que protegían el saber especializado de la hostilidad del afuera reforzando la clausura de sus léxicos

¹⁴Oyarzún, Pablo, Fragmentos de una conversación con Adriana Valdés en tomo a la Universidad, en revista *Lo*, NQ1, Santiago, noviembre de 1992, p. 24.

¹⁵Cánovas, Rodrigo, “Hacia una histórica relación sentimental de la crítica literaria de estos reinos” en Cuentas *hispanoamericanas*, Madrid, Septiembre de 1990, p. 165.

¹⁶*Ibid.*

subordinados a las clasificaciones disciplinarias, aislando sus modelos teóricos de las pugnas ideológico-culturales que animaban las obras en el conflictivo espacio de la disidencia política, separando estas obras de la violencia de los choques que ellas mismas desataban para fracturar el marco de su institucionalidad artística o literaria, desvinculando el pensar crítico de las batallas de signos que se libraban en torno a la reconceptualización de nuevas formas de “politización del arte” (Benjamín) que le hicieran frente a la contingencia. Obligada por la fuerza de las circunstancias a sostener un dudoso principio de *no-interferencia* camuflado tras el supuesto de una pureza metodológica que dejaba de lado la exterioridad social, esa crítica universitaria se fue ensimismando en formas retraídas y sustraídas del campo de fuerzas en el que las prácticas culturales se armaban de valor para contraponer su gesto de rebeldía al conformismo pasivo de las instituciones. Opuesto a ese tecnicismo formal del saber académico que autocensuraba “la relación entre las estructuras lingüísticas y las otras estructuras (sociales, ideológicas, mentales)”, el “discurso de la crisis” exploró las zonas más obturadas del imaginario simbólico de los ’80 atravesando fronteras de géneros —discursivas y sexuales— que conectaban la mirada sobre las obras con la trama semiótica del mismo poder que las violentaba. Esta nueva producción teórico-cultural chilena de los ’80 se largó a la aventura de una *experimentación con el sentido* mediante teorizaciones heterodoxas que mezclaban referencias omitidas por el discurso universitario (Benjamín, el psicoanálisis; Foucault, la desconstrucción, etc.) con lo censurado-reprimido del paisaje local en una transgresora combinación de estratos psíquicos ocultos y de metáforas prohibidas. Este proceso de intenso desmontaje crítico del sentido llevado a cabo por un “discurso de la crisis” que cuestionaba la rutina del saber canónico con sus experimentaciones limítrofes de citas fracturadas por un saber hecho “para hacer tajos” (Foucault), desestabilizó el lenguaje de los macrodiscursos elaborados por los viejos y nuevos centros de producción académica, incluyendo los centros de estudios de la sociología alternativa¹⁷.

La tensión generada entre ese nuevo “discurso de la crisis” y los modelos tradicionales de saber filosófico y científico practicados dentro de la Universidad o en los centros académicos de investigaciones sociales aludía, de hecho, al enfrentamiento entre dos *registros de conocimiento*: por un lado, el saber regular y certificado de las disciplinas establecidas que basan su eficiencia en el manejo técnico de una racionalidad demos-

¹⁷*Ibid.*

trativa y explicativa y, por otro, los saberes irregulares y no **certificados** (sin el aval de una pertenencia disciplinaria) que circulan fuera de las zonas **sagradas** y **se** aventuran en regiones transversales donde se deshacen y **se** rehacen localmente los conceptos “a partir de un horizonte móvil, de un centro siempre descentrado, de una periferia siempre desplazada”¹⁸; saberes que vagan alrededor de la pregunta por la verdad del conocimiento con definiciones en suspenso y gramáticas inconclusas. Por un lado, los lenguajes *a salvo* de los **textos** que circulan sin **riesgo** al estar protegidos por la autoridad doctrinal de sus repertorios clasificados, y por **otro**, las poéticas del desarreglo que rompen la fila de los léxicos convalidados por el mercado técnico de las especializaciones y cuyo indisciplinamiento formal tiene el valor político de cuestionar el sentido regimentado de las disciplinas institucionales.

Sin duda que los saberes informales del “discurso de la crisis” fueron mucho más sensibles que las macro-teorizaciones científicas y filosóficas al quiebre de las líneas rectas y a la desintegración de los puntos fijos que caracterizan nuestra experiencia latinoamericana de una modernidad en crisis. Son ellos los que reconfiguraron más perceptivamente en Chile las fallas de la razón moderna —unificadora y sistematizadora— desde lenguajes todos ellos habitados por el temblor de la incertidumbre que reniega de las verdades categóricas, la desbandada de nombres y conceptos fugados de las líneas demasiado fijas del reticulado de la competencia del saber académico. Son estos saberes *nómades* los que recogieron la **creatividad** dispersa de las prácticas estéticas que anticiparon las mutaciones de la sensibilidad cultural del Chile de la transición, que prefiguraron dichas mutaciones mientras que disciplinas más constituidas como la Sociología **se** encontraban demasiado inhibidas por su pacto racional con la modernidad para aventurarse en la encrucijada teórico-cultural de la nueva red crítica de los “post”. Estos saberes *nómades* —atravesados por la desconfianza hacia las totalizaciones de los macrodiscursos y el finalismo ideológico de los significados últimos y trascendentes— proponían mezclas teóricas y flexiones escriturales que desbordaban enérgicamente el maso del saber reglamentado por el discurso universitario.

Soñar el modo en que la Universidad podría hoy reconectarse con la sociedad —con las imágenes de multiplicidad y diversidad sociales que acompañan la reconquista de una práctica democrática— pasa por la pregunta de cómo atravesar los límites del saber universitario multiplicando en su interior conexiones laterales con las energías críticas surgidas de

¹⁸Cánovas, Rodrigo, *Literatura chilena y experiencia autoritaria*, Flacso, Santiago, 1986, p. 18.

la pluralidad fragmentaria de teorías locales nacidas, todas ellas, del residuo y de la mezcla. Teorías localmente marcadas por la heterogeneidad de conocimientos parciales aprendidos desordenadamente en las brechas culturales que separan las disciplinas **cerradas** sobre sí mismas. La defensa de esa heterogeneidad de saberes oblicuos a reincorporar pluralistamente a la enseñanza universitaria supone un nuevo modelo de conocimiento él mismo capaz de interrogar sus propias convenciones discursivas, una razón ella misma dispuesta a criticar el molde filosófico de su fundamentación de orden, un saber él mismo interesado en revisar el mito de su abstracción universal. (Paréntesis 2: si hay un instrumento crítico que podría hoy contribuir a esta reformulación democrática del pensamiento universitario, es la teoría feminista. Es ella la que **ha** denunciado **más** radicalmente los subterfugios de una tradición filosófica del saber que oculta el modo en que un dispositivo de representación hegemónica —el de la masculinidad occidental— detenta el monopolio de la verdad basado en el falso supuesto de la transparencia de los códigos, de la neutralidad e impersonalidad del conocimiento, de su indiferencia a cualquier diferencia de género, clase o raza. Desde la problemática sexual de la discriminación de género, la teoría feminista ha radicalizado su crítica a la abstracción universal del conocimiento, a su idealización como saber absoluto que debe trascender cualquier contexto material de experiencia. Ha develado el saber en su condición de saber siempre relativo, local y parcial, contingente, cuya práctica no puede desligarse materialmente de las complicidades de intereses tramados por el deseo de mantener o de suprimir las oposiciones de sexo, clase o raza, que dividen su composición institucional. Quizás sea porque la crítica feminista del conocimiento subvierte una de las bases más mistificadoras de la filosofía del saber universitario como saber presuntamente neutro, puro y desinteresado, que dicha crítica sigue mayoritariamente excluida del proyecto de la Universidad, aun cuando “parece ya inadmisibles que en las instituciones académicas, consideradas como el lugar de elaboración, de intercambio, de difusión y de diseño de estrategias de aplicación del saber, estén ausentes o escasamente presentes todos los aportes teóricos y metodológicos” procedentes de la crítica cultural **feminista**)¹⁹.

Desidealizar el conocimiento rompiendo la ficción de lo abstracto-ge-

¹⁹Para una reflexión sobre las tensiones críticas entre la “nueva escena” y el discurso de las ciencias sociales, consultar Richard, Nelly, *La insubordinación de los signos*, Editorial Cuarto Propio, Santiago, 1994; y Brunner, José Joaquín, “Las tribus rebeldes y los modernos” en *Bienvenidos a la modernidad*, Editorial Planeta, Santiago, 1994. pp. 261-268.

neral para dejar que lo concreto-singular irrumpa como **accidente** en las sistematicidades monótonas de la verdad científica o filosófica, exige revisar los protocolos discursivos de su obligación de coherencia hoy desañados, entre otras cosas, por el universo de la tecnocultura y sus estéticas massmediáticas, por “la simbólica dispersa, heteróclita y eclosiva del video clip y del spot que remueven las operaciones educativas básicas que se encuentran en el acápite ‘Objetivos Generales del Curso’, tales como: desarrollar la capacidad de razonamiento, argumentabilidad, asociatividad, jerarquía, discriminabilidad, selectividad, causalidad, concordancia, motricidad, etc.”²⁰. La sobreoferta de retóricas visuales y narrativas desplegadas por el entorno socio-estético de las comunicaciones masivas y las nuevas conductas tecnoperceptivas estimuladas por la sobreexposición de imágenes, han producido un desplazamiento de las fronteras entre “razón e imaginación, ciencia y arte, naturaleza y artificio”²¹ que trastocan las jerarquías tradicionales de la cultura ilustrada, poniendo así en cuestión la académicidad de un saber basado en los ritos bibliográficos del culto libresco. La reorientación democratizadora de una práctica universitaria del saber supone desjerarquizar la referencia obligada a la cultura superior basada en la centralidad del libro y abrir el juego de las citas a materiales vivos de lectura nacidos —promiscuamente— de intersecciones cotidianas entre subjetividad social y formas de vida, imaginarios urbanos y sintaxis corporales, políticas y estéticas del consumo, etc. Esto rompería la distancia epistemológica entre sujeto y objeto consagrada por la tradición idealista en su defensa de una autonomía y trascendencia del “yo” superior del conocimiento, y contaminaría esa distancia con mixturas culturales de prácticas heterogéneas que cruzan múltiples contextos enunciativos. Estos actos multi-teóricos forman parte de toda la serie de desplazamientos que los nuevos programas de crítica universitaria asumen transdisciplinariamente, o antidisciplinariamente: “Lo que queremos hacer no es simplemente interdisciplinariedad, lo que implica objetos y competencias ya identificados[...] Queremos descubrir objetos todavía no identificados. En los bordes de diferentes disciplinas, aparecen nuevos objetos producidos por nuevas situaciones tecnológicas, económicas, históricas— y les damos prioridad a estos nuevos objetos que no requieren simplemente de una competencia dada, sino

²⁰Deleuze, Gilles, *Différence et répétition*, Editions de Minuit, París, 1968, p. 3 (la traducción es nuestra).

²¹Grau, Olga, “Presentación” en *Verdesde la mujer*, Editorial La Morada/Cuarto Propio, Santiago, 1992, p. 14.

que requieren un nuevo entrenamiento para una nueva competencia”, decía Jacques Derrida **al formular el proyecto de su Colegio Internacional de Filosofía**²² donde ella es llamada a desconstruir su saber del saber.

Liberar las potencialidades críticas de las múltiples operaciones de lectura que se traman en las junturas o disjunturas de prácticas marginales y desobedientes, implica convocar en tomo a ellas saberes no domesticados por los convenios académico-disciplinarios del mercado técnico ni por sus leyes de aceptación y transabiñidad dominantes: saberes diseminados en los bordes inferiores (cotidianos y populares) del mapa de legitimación simbólica que tradicionalmente rebaja a nivel de subcultura los formatos híbridos y los vocabularios bastardos de géneros impuros; saberes ínfimos e íntimos—de pliegues y dobleces, de costuras al revés—tejidos en la constelación metafórica de “lo femenino” como región a desesclavizar de “la tiranía de los discursos globalizantes” (Foucault); saberes minoritarios y disidentes que potencian nuevas subjetividades sociales ubicadas en las orillas de la cultura oficial; saberes crítico-reflexivos que desprograman la economía funcional del conocimiento rentable y sus lógicas meramente **ejecutivas**²³⁻²⁴.

²²Thayer, William, preinforme sobre el documento “Los desafíos de la educación chilena frente al siglo xxx”, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

²³Martin-Barbero, Jesús, “Nuevos modos de leer”, en *Revista de Crítica Cultural*, Nº 7, Santiago, noviembre de 1993, p. 19.

²⁴Derrida, Jacques, *op. cit.*

A PROPÓSITO DEL ARTÍCULO DE NELLY RICHARD

Resulta ineludible, en relación a este texto, intentar hacer una sucinta referencia a un tiempo de trabajo intelectual universitario muy difícil y durante el cual la ambigüedad fue la característica del espacio.

Efectivamente, la intervención de las Universidades, y en especial de la nuestra, trajo como consecuencia inmediata la represión de toda reflexión crítica en su interior. Por otra parte, una generación intelectual, formada principalmente en las diversas vertientes del pensamiento de los '60 y '70, como también muy influida por el proceso de Reforma, se vio excluida de toda la participación social que esos discursos señalaban.

Basta, como ejemplo, el significado de la exoneración académica en Facultades de principal desarrollo de un pensamiento crítico, como Artes y Filosofía.

Sin embargo, ya a partir de 1975 se empiezan a generar diversos organismos que, en el margen o fuera de toda institucionalidad oficial, van a jugar el rol de estudio y producción de un pensamiento que, inserto en una apremiante situación, se caracterizó por su alto nivel conceptual y analítico.

En el plano cultural general se llamaron FLACSO, Taller Artes Visuales (TAV), c.E.N.E.c.A., Taller 666, entre otros. En cuanto lo universitario, aparece en la Universidad de Chile, primero, una organización estudiantil llamada A.C.U. (Agrupación Cultural Universitaria), y pronto, convocada principalmente por el filósofo exonerado Jorge Millas y el biólogo Luis Izquierdo, la Asociación Cultural y Universitaria Andrés Bello. Ésta tuvo como característica la de constituirse en un espacio de frontera, puesto en evidencia por su misma integración —de universitarios exonerados y otros que conservaron sus cargos académicos—, y cuya tarea principal fue la de atender la necesidad de supervivencia de una reflexión y un discurso universitario. Todos estos organismos fueron responsables de la generación de una verdadera “Universidad Informal”, nombre que pareció el más definitorio y que otros identificaron como “Universidad Extramuros”.

Es en este contexto que los artistas visuales, principalmente, y los teóricos de Arte —entre ellos, en forma relevante, Nelly Richard—, generaron puntos de encuentro y debate, que en lo físico fueron TAV, Galería Sur y Espacio Cal, y que en lo simbólico se constituyeron en el espacio

posible de reconocimiento e intercambio. La característica **más** relevante de la producción generada fue la de constituir un trabajo experimental donde el cuestionamiento de los lenguajes ocupó la axialidad principal. Inmersos en una realidad donde se forzaba un corte cultural profundo, desconcertados ante la brutal caída de un proyecto que resultaba altamente identificatorio para muchos, la duda se establecía en el valor referencial del nombre y de **todo** sistema de significación; de ahí la necesidad de abrir los bordes de lo nombrado y dar preeminencia a los ejercicios de desplazamiento y metáfora, en un proceso de negatividad sucesiva que permitió nuevas formas de habla. Cuestionándose el valor de la representación, **se** valorizó principalmente el significante. Se podría hablar de un **trabajo** que forzaba la redesignación y que, por lo mismo, operaba críticamente sobre el concepto de institucionalidad del lenguaje, y con ello, de toda **otra** posibilidad de institucionalidad. De hecho, durante este tiempo, la producción de Arte más importante se dio fuera del espacio universitario formal.

Hacia mediados de los '80, este impulso empieza a decaer hasta casi desaparecer.

Por **una** parte la ampliación del espacio político, por otra el efecto del proyecto educacional cultural - que por su corte desarrolló una generación **más** complaciente—, o el desconcierto ante los grandes cambios en las posibles sociedades alternativas, ahogaron ese espíritu crítico que constituyó el espacio universitario informal. Pero, tal vez la razón más profunda es la que nos dice la dificultad de recordar, y hacernos cargo, de una vida problemática o problematizadora: de asumir la posibilidad de la contradicción sin la cual, paradójicamente, no es fácil imaginar a la Universidad.

Francisco Brugnoli